

TRABAJO GREMIAL Y TRABAJO POLÍTICO. DANIEL JAMES Y LOS TESTIMONIOS DE LA “EXPERIENCIA PERONISTA”

Javier De Angelis / Universidad de Buenos Aires

Quisiera comenzar con una cita, algo extensa, pero que me tomó por completo desde la que la leí en medio de una especie de crisis con algunos esquemas que habían organizado mi pregunta y las posibles respuestas que todo buen argentino se hace acerca de “¿Qué es el peronismo?” –en caso de que el peronismo sea un objeto por el que uno se pregunta. Esa pregunta, en su momento, en mi prueba y error, prueba y error del saber transicional, experimental del estudiante, como señalaba hace un rato Diego, había empezado a responderla en los términos de alguna teoría sobre el populismo que alcanzaba a dejarme bastante tranquilo. *Significantes vacíos, significantes flotantes, demandas, articulación*, me repetía a mí mismo. Y bueno, cuando alguien me preguntaba por la diferencia, por el resto y qué sé yo qué más, estos libros me indicaban: ¡ahí va: la *heterogeneidad radical!*, lo que no ingresa al orden de la representación, de última, el “lumpenproletariado”. En fin, esta pregunta -“¿Qué es el peronismo?”- y todas sus posibles respuestas en el orden de una teoría del populismo parecían dejarme tranquilo a mí y a unos cuantos más de nosotros. Me prometí tratar de conjugar algo de eso con la crítica derrideana (sí, da algo de culpa ponerse falocrático para hablar del peronismo) y bueno, en eso estábamos.

Ahora, de pronto, uno se pone a leer otras cosas. Leer te parte. Y leyendo te encontrás con textos terribles, textos temibles. Que dan pavor porque conmueven, ese trabajo de lectura conmueve subjetivamente. Y conmueven al punto que ya no se puede pensar en la otra cosa. Y un cierto día, a través de un amigo que seguro que anda por acá sentado, llegué a Daniel James. Me dijeron: tenés que leer *Resistencia e integración* de James (¡que no es William James! Aviso para algún desprevenido). James –y esto lo aclaro porque acá somos casi todos de filosofía y muchas veces no leemos cosas tan poco serias- es un historiador inglés que se dedica a estudiar la clase obrera peronista. El famoso género del latinoamericanista especializado. Ahora bien, resulta que este James

–inglés como es- escribió (en palabras de Horacio González) el libro más peronista sobre la clase trabajadora peronista.

En fin, ahí me topé con un texto temible. Temible porque dice más de lo que dice, dice más de lo que responde, de lo que se le pregunta y, en determinado momento, parece que tuviese un ombligo, un ombligo del sueño que no se sabe muy bien tampoco exactamente dónde está. El texto dice:

También en esto encontramos la caótica organización y eclecticismo del peronismo. Este había de seguir siendo esencialmente, sobre todo después de que Vandor no acertara a impartirle alguna forma institucional coherente de base gremial, una suerte de federación desarticulada de grupos leales a Perón. Esa parece haber sido por cierto la intención del propio Perón. A pesar de todas sus reiteradas declaraciones en el sentido de que era preciso ordenar el movimiento, su organización en los únicos términos imaginables, es decir basada en los sindicatos y dominada por éstos, era precisamente lo que él más temía. Si se deja de lado su retórica formal, Perón pareció haber concebido el movimiento ideal en términos de un estado semiformal, casi coloidal, capaz de desafiar constantemente la estabilidad argentina, de impedir una institucionalización pacífica que excluyera al peronismo, de alcanzar una expresión organizativa concreta para esta o aquella necesidad táctica, pero sin alcanzar nunca una estructura permanente. Este concepto táctico pero fundamental parece haber tenido vigencia desde la época inmediatamente posterior a 1955. Más allá de esa parafernalia de términos de organización que pueden encontrarse en los documentos de ese tiempo, la idea que el propio Perón parece haber tenido de las formas de lucha de su movimiento se presenta como una curiosa suerte de semi-anarquía (James, D 2006: 248).

Como ven, un texto tremendo, monstruoso. Es que si uno está parado sobre un paquete de libros que cristalizan la potencia del peronismo bajo la unidad última de un nombre, este párrafo desarticula cualquier noción de unidad, orden o estructura fija que se intente utilizar para responder. Por si no se pudo notar al pasarlo así tan rápido, quiero marcar un par cuestiones que me parecen centrales de la conmoción que está implicada acá.

En primer lugar, el lugar de Perón y el “peronismo de Estado”, como lo llama Sarlo en *La batalla de las ideas*. Perón aparece como una especie de catalizador, como una suerte de pensador, un demiurgo del porvenir, un conductor en un sentido radicalmente distinto de aquel poder sacerdotal tan caro a las lecturas en clave paternalista del peronismo. Perón conduce y piensa la política en la coyuntura, pero más allá de ella. Más allá de ella piensa y diseña una suerte de legado, piensa en un movimiento ideal que marque el *ritmo*, el pulso de la política argentina. Ahora bien, este

pensamiento político, pensamiento de una *conciencia política práctica* (esa conciencia práctica es la que James rescata todo el tiempo de la “experiencia viva” de la clase trabajadora peronista frente a la *ideología formal* peronista) atraviesa todo el despliegue del peronismo de 1955 en adelante. Y con eso James indica el modo en que esa riqueza que va ganando el peronismo parece adquirir un ritmo frenético a partir de la caída del “peronismo de Estado”. Con eso se refiere al modo en que los procesos de subjetivación, de organización, que comienzan a aflorar después del '55 marcan quizás todavía más que el “peronismo de Estado”, ese espacio mítico que va del '43 al '55, el destino y la pregnancia del movimiento en general. En este sentido, sentido del Perón pensador del porvenir, uno está tentado de creerle a Perón cuando en el '73 dice (cito página 246 de *Resistencia e integración*):

Tengo que actuar un poco como el Padre Eterno, bendiciendo ‘urbi et orbi’, pero dejando que la Providencia haga su trabajo, sin aparecer mucho. Creo que la fuerza del Padre Eterno reside en que no aparece mucho. Si viéramos a Dios todos los días, terminaríamos perdiéndole el respeto, y más aún, no estaríamos lejos de que apareciera algún loco que quisiera reemplazarlo (James, D 2006: 246).

Uno está tentado entonces de resolverse en la lógica de un Padre Eterno. Pero ¿qué piensa Perón para el porvenir? ¿Qué legado deja inscripto en la política argentina (legado que pone a funcionar ya desde el exilio)? Perón piensa uno, varios oximorones: una *organización caótica y ecléctica*, una *federación desarticulada*, un *estado semiformal*, casi *coloidal*, una curiosa suerte de *semi-anarquía*, dice James. *Algo que nunca alcance una estructura permanente*. Todas estas respuestas acerca de qué es el peronismo vienen a romper con cualquier principio fijo, vertical que busque hegemonizar el movimiento. Quiebran no solamente la voluntad de quien intente hegemonizar la totalidad de un movimiento emancipatorio bajo la autenticidad de un nombre, sino más todavía –y acá James coincide con la lectura que hace Sarlo de la *excepción* que implica el peronismo (Cf. *La pasión y la excepción*)- quiebra toda voluntad de organizar auténtica y definitivamente la potencia del peronismo en su institucionalización (sea bajo la lógica republicana del régimen de partidos políticos o bajo la forma de un retorno auténtico del auténtico Estado peronista). Esta potencia de la organización del movimiento impulsa a cada uno de los actores del peronismo, pero no se reduce nunca a ninguno de ellos. James cita a Perón en el epígrafe del capítulo VII

donde se dedica a rastrear esa historia maldita del “pragmatismo institucional” vandorista, una historia con bastante menos traidores y pocos héroes (como señala Sebastián Carassai en *El ojo mocho*). Dice Perón en pleno conflicto con el ala vandorista del sindicalismo, 1965 quizás:

En la partitura peronista es necesario pedir la colaboración de las diferentes melodías. Asigno a Vandor la conducción de las corrientes conservadoras, evolucionistas, las cínicas que el régimen está dispuesto a tolerar. Framini, en cambio, asume la conducción del extremo agresivo, revolucionario, en permanente ruptura con el sistema. Los dos vienen a corresponder a diferentes aspectos y corrientes que conforman el contenido nacional y cristiano de nuestras masas.

Como se ve ahora, esto que parece que estoy haciendo, esta suerte de metafísica nacional y popular, supone fuerzas en pugna bien concretas. Lo de Vandor y Framini no es una ilustración, un “ejemplo”. La potencia que encarna esa “organización caótica” (y acá remito a la diferencia entre *orden* y *organización* que me hizo notar Sebastián Sarobe), esa potencia del peronismo por lo menos entre 1955 y 1976 se encarna en dos grandes líneas en pugna dentro del sindicalismo. Hay que tener en cuenta que en esos años –no como sucede hoy en día después de casi tres décadas de destrucción deliberada del mundo del trabajo- el trabajo, la subjetivación política estaba fuertemente ligada al trabajo, a la vida que ponía en contacto a los que trabajaban juntos, a los compañeros y compañeras. Ese mundo estaba altamente determinado por la organización implicada en los sindicatos. Ahora bien, decía que la organización caótica, la potencia de este movimiento que nunca alcanza una estructura permanente estaba depositada en la pugna de por lo menos dos grandes líneas de praxis político-territorial dentro del sindicalismo, dos polos ideales. Por un lado, y en una tradición que comienza después de los resultados desastrosos del Plan de Lucha de 1959, tenemos la línea *integracionista*. Esta línea, cuyo epítome se organiza bajo la figura del vandorismo, se traduce en el llamado “pragmatismo institucional”. Se trata de un proceso abierto fundamentalmente durante el proyecto desarrollista de Frondizi y profundizado gracias a las altas tasas de desmovilización y desmoralización de la clase trabajadora y a la Ley de Asociaciones Profesionales. El vandorismo, cuyo final de juego fue abruptamente marcado por el Cordobazo en 1969, se encarnó en el poder de la *cúpula sindical*. Esa modalidad de cúpula dirigencial, como dije recién, propiciada por la frustración final de todo el proceso de lucha de la Resistencia, alcanzó su auge gracias a una diversidad de recursos

que iban desde la ocupación de fabricas o el control interno (control que no solamente vigilaba posibles adversarios, sino que además posibilitaba un poder masivo de organización y movilización) hasta la negociación burocrática en las más altas esferas del poder político y económico. Esta línea, en determinado momento, momento de auge, alcanzó tal despliegue que ambicionó darle forma institucional al peronismo convirtiéndolo estrictamente en un partido de base gremial con sus candidatos y su aparato.

Ahora bien, si por ese lado crece y acumula poder la cúpula sindical (cúpula que, no está de más decirlo, buscó sobretodo sostener el nivel del salario real de los trabajadores y no perder el terreno político ganado bajo el paraguas del Estado peronista), en los márgenes del movimiento late y se organiza la línea *clasista*. Esta vertiente del sindicalismo -sindicalismo que empieza a incorporar otras posiciones que no se reducen al peronismo- puede encontrar su origen en la actividad de la Resistencia y la línea dura de las 62 organizaciones, pero alcanza su auge durante el Cordobazo y es fruto, también, del proyecto económico instalado por el desarrollismo. Priorizando el trabajo de base, con un fuerte componente anti-burocrático, fundamentalmente recurre al “paro activo” como forma de protesta y a la estructura federativa como forma de organización. Si la línea integracionista conserva su poder bajo la condición de sostener el salario real de los trabajadores mediante la negociación de convenios, la línea clasista trae otra vez al plano de la negociación con el empleador todo lo relativo a la calidad de vida en la fábrica.

Como vemos entonces, esto que aparece como un concepto vago, concepto de una organización caótica sin estructura permanente, concepto monstruoso, es el resultado de un complejo entramado de fuerzas concretas. Ese concepto solamente puede elaborarlo James no simplemente a través de una vuelta sobre el recorrido histórico de determinados procesos políticos-económicos, sino mediante la recuperación de una micro-retórica que habita en el seno de las publicaciones y los testimonios de los militantes peronistas. Ese concepto que recoge todo un legado de “experiencia viva”, como la llama James, logra tocar la fibra cotidiana que moviliza el peronismo. Es que ese concepto de organización caótica, organización que torna borrosa la línea que separa lo gremial de lo político, organización que obtura el cierre institucional, le *restituye* al peronismo la potencia engendrada en la riqueza de su recorrido. Como dice James en una entrevista que le hacen en *El ojo mocho*:

Laclau, en su primer libro, dice que con el yrigoyenismo el *servo humilis* llegó al poder. Llegó a reemplazar el idioma del poder, el discurso, la retórica del poder. Yo siempre digo que como frase es interesante. Pero la pregunta es: ¿Y? ¿Cómo se sostiene eso? Siempre el problema con Ernesto es que no se preocupa mucho sobre cómo sostener eso históricamente...

Ahora, está todo bien, todo muy bien si no fuese por ese *elemento maldito*. Hasta acá, para recuperar la potencia de la lectura de James, restaría con reconstruir el modo en que esa polarización de fuerzas no es tal, cómo la historia de la clase trabajadora y su vínculo con la política a través de la participación gremial se construye de un modo muy complejo anudando en diferentes momentos y con diversas configuraciones *resistencia e integración*. Restaría recuperar el modo en que el texto de James es una afrenta directa a la operación de Walsh en *¿Quién mató a Rosendo?* Pero, claro, hay un elemento maldito, *una roca dura que traba la bicicleta del desmontaje*. Perón no solamente traza una analogía entre su presencia y la del Padre Eterno, sino que además dice que las dos líneas “*vienen a corresponder a diferentes aspectos y corrientes que conforman el contenido nacional y cristiano de nuestras masas*”.

Ese elemento que le otorga unidad, una cierta *organización* del caos a partir de la *lealtad* a un hombre, pero sobre todo a partir de un contenido *nacional y cristiano*, aparece en toda su potencia en ese instante en el texto. Pero al mismo tiempo James se le resiste. La historia que logra articular del movimiento peronista focalizando la atención en el despliegue de las organizaciones sindicales desde la caída de Perón en el '55 elude por momentos, momentos en donde aflora de manera palpable, el tratamiento de este tema. Pero hay que volver sobre el texto de James para rastrear las huellas de eso que se resiste a enunciar pero que irrumpe incommovible en los testimonios, elemento maldito que también se resiste a entrar en la esfera del discurso económico que estructura la subjetividad: la doctrina peronista y su contra-discurso, la “estructura de sentimiento” que la habita están indisolublemente ligadas a una cierta tradición nacional y cristiana. Sería necesario mencionar algunas referencias insistentes en los trabajos de James para terminar:

- En primer lugar, el testimonio de aquella legendaria militante peronista de los frigoríficos de Berisso que se recoge en *Doña María. Historia de vida, memoria e identidad política*. Allí, y en la referencia al respecto que se retoma en la entrevista de *El ojo mocho*, se pueden rastrear las fuertes marcas de una subjetividad que liga la militancia política sindical y clasista con elementos estructurantes de la *religión*

popular. Sería necesario además sumar a este punto algunos matices de la “estructura del melodrama” que James reconoce a partir de una lectura de *El imperio de los sentimientos* de Beatriz Sarlo.

- Por otro lado, en *Resistencia e integración* hay dos marcas fuertes que dejan traslucir este problema y que, de un modo u otro, parecen ser esquivados en la voluntad de atender estrictamente al caso del sindicalismo vandorista y su oponente clasista: en primer lugar, una referencia al paso pero insoslayable que vincula la apuesta de Alonso y el neocorporativismo durante la época de la dictadura de Onganía con el histórico vínculo entre el peronismo y el nacionalismo católico. James, con el objetivo de disociar del fascismo a esa apuesta política de generar órganos corporativos que anuden la relación entre el Estado y los sindicatos, se remite directamente a esa nutrida relación que el peronismo supo mantener desde sus orígenes con el nacionalismo católico.

- Por último, y quizás en el punto más conflictivo, el lugar de “esos recién llegados”, “esos advenedizos”. James es muy crítico de la militancia peronista armada que nace hacia fines de los '60 y que tiene su auge con Montoneros. Identifica allí un lugar de ruptura (artificial) con ese lento proceso de construcción de la clase trabajadora argentina. Sin embargo, y teniendo en cuenta la referencia al libro *Los soldados de Perón* de Gillespie, sería necesario anudar esa militancia “advenediza” con esa larga tradición que liga al peronismo con el nacionalismo católico.

Bibliografía

- AA.VV. (2008). Entrevista a Daniel James. *El ojo mocho. Revista de crítica política y cultural*, 21 (invierno/primavera 2008), 11-29.
- James, D. (2006). *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- James, D. (2004). *Doña María. Historia de vida, memoria e identidad política*. Buenos Aires: Manantial.
- Sarlo, B. (2008). *La pasión y la excepción. Eva, Borges y el asesinato de Aramburu*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Sarlo, B. (2007). *La batalla de las ideas (1943-1973)*. Buenos Aires: Emecé.